

INFANCIA Y TRAMONTANA DEL 36

Enrique Satué Oliván-2013

Un trabajo de la asignatura Cultura Audiovisual, realizado por la alumna Lara Vallés Santolària, de primer curso de bachiller del IES Piràmide, nos ha llevado a conocer esta historia de vida.

El trabajo referido gira alrededor del contacto que su familia ha mantenido, a lo largo de los años, con los medios audiovisuales. Y en él, cuando se ocupa de la relación mantenida por su abuelo Ángel con dichos medios, se refiere a una fotografía, de color sepia, que guarda como un tesoro y que fue hecha cuando tenía trece años, en la colonia escolar de Puigcerdá (Gerona), a la que fue llevado, junto a otros escolares de Huerto, durante la Guerra Civil.

Añade Lara que su abuelo se la hizo para mandársela a sus padres, para que vieran que se encontraba bien.

Además, sin dejar de mano a su abuelo, nos cuenta cómo éste, en la misma colonia, vio una película que le marcó de modo especial y que aún guarda en su memoria. Se trata de *Los marineros de Kromstadt*, película soviética, propia del momento ideológico que vivía España durante la Guerra Civil y que narra, bajo los parámetros del cine propagandístico de la Unión Soviética, cómo la tripulación de un acorazado apoya la revolución frente al zarismo.

También ha sido Lara quien nos ha facilitado un artículo aparecido en la revista *Historia 16* donde un corresponsal de guerra soviético recorre el frente de Aragón a finales del año 1936, incluyendo una referencia al ambiente social que había observado en Sesa y Huerto. Dicho documento nos ayuda a comprender el contexto en que su abuelo Ángel, sería alejado con otros niños a una colonia de retaguardia, en el Mediterráneo.

Se trata de un artículo escrito por el corresponsal Iliá Ehrenburg (1891-1967), reportero en la guerra civil española del periódico *Izvestia* de Moscú, habiendo realizado este viaje a través del frente aragonés junto con el periodista Jaime Miravilles.

En dicho viaje, además de ejercer de reportero, efectuó una valoración de los medios de comunicación con que contaban los soldados: periódicos (*Trinchera, Alas Rojas*, etc.) así como cine de campaña.

Además del ambiente sociopolítico y militar, se centra en los diferentes modos con que anarquistas, Partido Comunista o PSUC interpretan y organizan las comunidades limítrofes con el frente, siempre preñadas de desavenencias.

Cuando Iliá se centra en el caso de Huerto - “población de 800 habitantes, a 20 kilómetros del frente”- señala su perfil político de izquierdas, como quedó en evidencia en las elecciones de febrero del 36, y describe de qué modo todas las familias, salvo cinco, que son respetadas, participan en el régimen de colectividad.

Añade cómo 5000 hectáreas han sido confiscadas “al conde de Jaca”, cómo cada familia puede disponer de una cabra propia para uso particular e indica algunas ventajas aportadas por el régimen cooperativista: un tractor, tres trilladoras, un club con biblioteca, una casa-cuna, etc.

Dicho esto, deberemos señalar que las colonias escolares fueron creadas por el Gobierno de la II República para librar a los niños del frente de los horrores físicos y psíquicos que conllevaba vivir el día a día a lo largo de él.

Se constituyeron siguiendo la tradición iniciada por la Institución Libre de Enseñanza y se concentraron, fundamentalmente, en Levante, Cataluña y, en menor medida, en Aragón.

La polarización mediterránea se debió a la corriente higienista, a las condiciones climáticas, y a que el Gobierno de la república fue trasladado a Valencia primero y, más tarde, a Barcelona.

Buena parte de la población infantil procedía de la evacuación masiva que se llevó a cabo con la población civil madrileña.

Se crearon dos régimen de atención, el familiar y el colectivo. En el primero la infancia era distribuida entre familias tutoras y, en el segundo, mucho más numeroso, era internada en colonias escolares creadas en locales abandonados o expropiados a las clases favorecidas (hoteles, balnearios, casa de campo, palacetes, etc.) Entre ambos grupos, se llega a hablar de un montante de cien mil niños y niñas acogidos.

La pedagogía que secundaban las colonias era la que propugnaba la nueva ley de educación creada por la II República, la de una escuela laica, nueva, activa, motivadora y que desterraba los viejos procedimientos de “la letra con sangre entra”. Por ello, se procuraba una educación integral, que combinase el estudio y la higiene con la formación artística y deportiva, en contacto con la naturaleza.

Para organizar dichas colonias la II República creó la Delegación Central de Colonias que, antes de finalizar la guerra, desde París, se ocupó de gestionar la marcha de una buena parte de estos niños hacia países europeos, México o la Unión Soviética.

Además de esta institución, la Generalitat de Cataluña, el Consejo de Aragón, unidades militares, sindicatos y ONGs extranjeras participaron en la organización de colonias, por lo que la Delegación tuvo grandes dificultades para llevar adelante la coordinación.

Para profundizar más en el tema, además del libro escrito por Enrique Satué para el caso de Aragón (*Los niños del Frente*) y reeditado por el Museo Pedagógico, convendrá consultar el artículo de Rosalía Crego Navarro “Las colonias escolares durante la Guerra (1936-39)”.

Este es el contexto que nos abre camino para entrevistar a Ángel Santolaria Viñuales, abuelo de la alumna Lara Vallés, nacido en Huerto en 1923 y que en la actualidad reside con su familia en Huesca.

Fue precisamente el que, durante la guerra, Huerto estuviese bajo la influencia anarquista lo que haría que Ángel, junto a trece niños de esta localidad, fuese llevado a una colonia escolar catalana, en lugar de ir a parar a alguna de las se formaron en el Alto Aragón (Benasque, Vilas del Turbón, Graus, Estadilla, Graus, Tamarite o Benabarre).

De aquel ambiente anarquista da fe el inicio de una célebre copla, dedicada a Buenaventura Durruti, que Ángel escuchó cantar a las milicias que había en el pueblo, justo en los días en que iba a partir hacia la colonia, y que todavía recuerda: “Día 20 de noviembre, día nublado y sin sol, hemos sabido la muerte de un valiente luchador...”

La marcha de los catorce escolares fue promovida, con el beneplácito de las familias, por el maestro de Huerto, don Antonio Osuna, oriundo de Madrid. Algunas familias

dudaron en separarse de los hijos y, al final, prefirieron correr el riesgo de tenerlos junto a ellas a un tiro de piedra del frente.

Marcharon en aquel frío mes de noviembre del 36 con lo puesto. Él con jersey, pantalón largo de pana y zapatillas de cáñamo. Hicieron el largo camino por Lérida para ir a parar a Barcelona, a la plaza de Urquinaona, cerca de la Vía Laietana, donde estaban ubicadas las oficinas de “*L’Ajut infantil de Reraguarda*”.

Tras la amarga despedida, el viaje lo realizaron en un viejo autobús. Les acompañaba don Antonio, el maestro, un chofer que era de Sena y un jefe militar de la zona que envolvía a Huerto.

De allí los llevaron a comprar ropa y, a continuación, junto a niños madrileños, a una recepción efectuada por las autoridades en el palacio de Pedralves. De aquella noche Ángel recuerda la gran impresión que les produjo unos enormes espejos donde, pasmado, se veía reflejado todo el grupo.

A la salida de la recepción los enviaron a la Avenida del Tibidabo, donde había una colonia que, antes de la guerra, había sido un colegio de religiosas.

En aquella colonia del señorial barrio de Barcelona estuvieron una semana hasta que, finalmente, una cuarentena, todos de la zona de Huesca y alrededores de Leciñena, fueron conducidos en tren hasta Puigcerdá, en la Cerdaña Gerundense, a un paso de Francia y de Andorra.

Llegaron ateridos de frío, bajo una enorme nevada, a la Estación ferroviaria del Norte, donde serían cariñosamente acogidos por los vecinos de la localidad, apelotonados en el andén, con cestas repletas de juguetes y apiadándose de ellos con expresiones emotivas.

La colonia estaba junto a la estación, para crearla se había habilitado un hotelillo familiar, modernista, creado en los años veinte, a la par de la llegada del ferrocarril a Puigcerdá y que, hoy, sigue funcionando como tal y con el mismo nombre, con el de *Hotel Términus* (<http://www.hotelterminus.net>).

En aquel lugar estuvieron de finales de noviembre hasta abril del 37, momento en que los enfrentamientos entre anarquistas y socialistas o comunistas de la localidad, hicieron desaconsejable la presencia de los niños, siendo trasladados, de nuevo a Barcelona para ir a terminar, finalmente, en las pistas de esquí de La Molina.

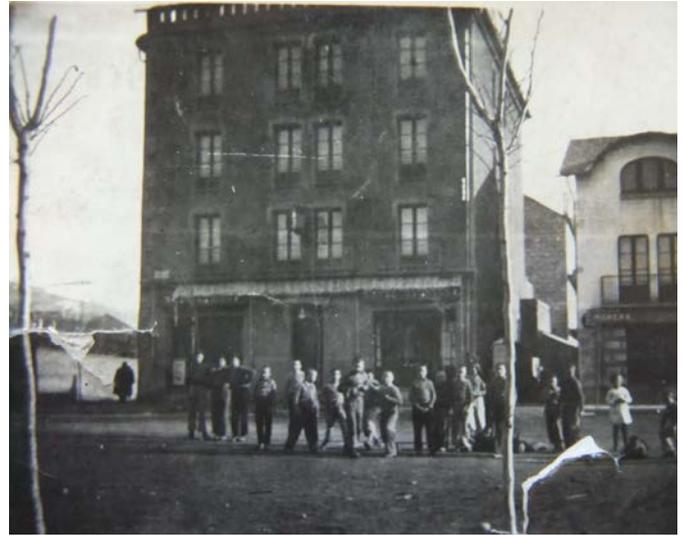
De la estancia en Puigcerdá, Ángel recuerda que se decía que los dueños y una hija habían huido a Francia. Al frente de la colonia había un director, don Mariano, y un maestro de la misma localidad, auxiliado por varias señoras.

Unos días después de llegar a la colonia fue cuando Ángel fue retratado, junto a ocho compañeros más, en la misma estación y con el puño en alto y apretado pués, cómo el recuerda, con aquel acto se simbolizaba el abrazo de los “cinco continentes”... (Ángel es el de más a la derecha, situado en la fila inferior).



Las clases, como sucedía en todas las colonias escolares, se daban por la mañana, completándose las tardes con actividades manuales, musicales, teatrales, deportivas y, en el caso de los jueves, con excursiones hasta un lago próximo o hasta la localidad francesa, próxima, de Bourg Madame, donde, simbólicamente, burlando a los guardias, colocaban “un pie en España y otro en Francia”.

El deporte lo hacían en la explanada que había delante del hotel. Actividad que recuerda Ángel hoy, como si fuera ayer, gracias a una diminuta fotografía.



Derecha: El *Hotel Términus* en la actualidad.

Izquierda: Cuando, en 1937, el edificio fue colonia escolar (fotografía guardada por Ángel Santolaria)

Finalmente, los domingos eran conducidos a uno de los dos cines de la localidad, allí donde precisamente vio la película soviética *Los marineros de Kromstadt*.

Por otra parte, todos los niños poseían una madrina en Inglaterra que les mandaba ropas y juguetes que, regularmente, les llegaba en un camión.

A la estación de La Molina viajaron en tren, siendo instalados en un gran chalet al que se llegaba caminando media hora.

La colonia, con un número de treinta criaturas, estaba compuesta por compañeros de Huerto, Leciñena y Madrid.

Aquí el recuerdo del abuelo de Lara es más difuso. Recuerda que el dueño hacía las veces de director, cocinero y maestro, siendo auxiliado por varias señoras y un maestro de Guadalajara.

Del director, Ángel, recuerda su bondad. Se trataba de un viudo que tenía dos hijos. Le marcó tanto que hace unos años pidió a la familia que lo llevaran hasta La Molina, con tan mala suerte que aquél había fallecido hacía poco tiempo.

La organización escolar era parecida a la de Puigcerdá y, sobre todo, recuerda la recogida de robellones en el otoño del 37.

Finalmente, como corría la información de que los niños de las colonias iban a ser llevados a Rusia, varias familias, entre ellas la suya, acudieron en un largo viaje a la colonia para llevarse con ellas las criaturas. A él vino su madre a recogerlo a finales de noviembre del 37.

Se ignora si de aquella colonia partieron niños para Rusia aunque sí lo hizo alguno hacia Inglaterra, por ejemplo, Antonio Zapater, de Huerto, que pasados unos años con una señora inglesa –“madrina”- regresó al pueblo.

El regreso de ángel a Huerto tenía tanto de triste como de alegre. Había estado en la colonia sólo un año pero sus ojos se habían abierto intensamente al mundo. Por eso, cuando llegó a Huerto con catorce años y vio todo triste y deshecho creyó que despertaba de un sueño.